NUEVA RELACION EN QUE SE EXPLICAN LAS honradas travesuras y nobles hazañas de Don PEDRO NATERA, natural de la ciudad de Tarifa.

Calle el Tigre, calle el Oso
calle el Leon coronado,
parense todas las fieras,
y suspendan los estrages,
que en las iracundas luchas
sangrientas ejecutaron,
Suspendase todo el Orbe,
mientras que mi torpe labio
de las fierezas de un hombre
puede referir un rasgo.
Nació en la noble Tarifa
un hombre rico, é hidalgo,
galán, discreto, y valiente,
sugeto en quien se esmeraron
de nuestra naturaleza
las prendas de mayor garvo.
Siendo Mercader, tenia
tienda de sedas y paños,
y pasaba su caudal
de mas de cien mil ducados.
Pero como la fortuna
nunca tuvo fijo el vario
curso de la falsa rueda,
que á tantos tiene rodando,
se enamoró de una dama
principal, a quien los Astros,
los signos, y los planetas
por deidad idolatraron.
Era padre de la Diosa
Venus que estoy celebrando,
Don Diego Pabon de Fuentes,
hombre tan calificado,
que el noble pecho vestia
del abito de Santiago.
Tenia tambien don Diego
tres hijos que eran hermanos
de la señora Doncella,
valerosos, y bizarros.
Pero don Pedro Natera,
que es el referido guapo,
fiado en ser bien nacido,
y en ser tan rico fiado.
herido de amor, dispuso
solicitar el dechado
de la mayor hermosura,
que la fama ha celebrado.
En la iglesia, y en la calle,
con discrecion, y recato,
por señas enamoradas
la dió á entender su cuidado.
Y como á ninguna Dama.
segun está averiguado,
la pesa de ser querida.
hizo curioso reparo
en las amantes finezas
de su firme enamorado.
Se enamoró la señora
del galan en tanto grado,
que á un tiempo entregó Cupido
las flechas con ambas manos.
Correspondióle bizarra,
y usó de aquellos encantos,
que los amantes estilan,
de paseos, y regalos,

de músicas, y papeles,
con que fueron avivando
la llama de sus finezas,
y el fuego de sus albagos.
Con licencia de la dama,
la noche de Jueves Santo,
este año de setecientos
y ocho, determinado
fué á la casa de don Diego
don Pedro, y le halla en su cuarto
y en presencia de los hijos,
y otros dos, ó tres hidalgos,
pidió que le concediese
de doña Luisa la mano,
pues deseaba la dicha
de ser su esposo, y esclavo.
Era don Diego sobervio,
muy colerico, y muy vano,
respondiole desatento,
y le dijo temerario:
Las hijas de Cavalleros,
la vez que toman estado,
es con gente de su igual,
no con sugeto mas bajo.
Vara de medir en casa?
ni la quiero, ni la gasto,
que yo no soy Mercader,
ni aun lo fueron mis criados.
Busque mas mediano empleo,
que el que pretende es muy alto,
no le faltará á don Pedro,
de las que estan vareando,
hija de otro Mercader,
novia, que entienda sus tratos;
y vayase, porque estoy
muy corrido de escucharlo,
y agradezca que reprimo
lo mucho que me ha enfadado.
Quedó don Pedro Natera
del todo desesperado,
y sin esperar mas lances,
como un leon desatado,
siendo la lengua la espada,
le dijo: A desvergonzados
respondo yo de esta suerte;
y en lo alto de los cascos
le dió tan valiente golpe,
que le dejó atolondrado.
Los que estaban de visita,
los hijos, y los esclavos,
arrancaron las espadas,
y todos con el cerraron.
Y entre todos parecia
Basilisco empenzoñado,
que mataba con los ojos,
segun disparaba rayos.
Llegó don Diego Pabon
á embestirle, y el airado,
del ultimo finiquito
le dió la carta de pago.
Y al menor de los mancebos,
que era un valiente muchacho,
le despachó por la posta,
como quien dice, jugando.
Viendo á sus amos difuntos
llegó un negro por un lado,
mas don Pedro con la daga
uñas arriba le ha dado
por la panza, y el mondongo
le derramó, y el redaño.
Llegó el hermano mayor,
su enemigo por cuñado,
y de una fiera estocada
cayó en el suelo rodando,
mas le libró de la muerte
el coleto que es bizarro.
era la casa un incendio,
siendo un bolcan animado
don Pedro con las centellas,
que en su espada se fraguaron.
Duró la fiera pendencia
espacio tan dilatado,
que pudo el Corregidor
tener noticia del caso.
Y con toda la cuadrilla
de ministros, y escribanos,
en ocasion que don Pedro
se venia retirando,
para salir á la calle,
llegó á atajarle los pasos.
Aqui su valor heroico
le fué todo necesario,
se esforzó la valentia,
y tremendo, y arrojado,
les dijo: El que no quisiere
que se lo lleven los diablos,
no se me ponga delante,
que por vida de San Pablo,
que esta cometa de azero,
con el valor de este brazo,
derribara mas cabezas,
que tiene el genero humano.
Dió un brinco por entre todos,
y en la calle se ha plantado,
siendo la rabiosa embidia
de los mayores contrarios.
El caxero de don Pedro,
que era un Vizcayno honrado,
viendo notorio peligro,
se fué á su casa volando.
Recogió la plata, y oro,
y aparejando un cavallo,
á vista de la pendencia
volvió á buscar á su amo.
Y el señor Corregidor
viendo el pleito mal parado,
les dijo Favor al Rey,
ea, prendedle ó matadlo.
Viendo don Pedro que ya
se le iba el brazo cansando,
á palos, y á cuchilladas
les hizo dar paso franco.
Salió por una calleja,
donde encontró á su criado,
que en breve tiempo le dijo
lo que dejo declarado.
Montó en un cavallo, y luego,
sobre el bolador pegaso,
seguido del Vizcaino,
le puso puertas al campo.
Se pasaron á Marvella,
y con cinco Valencianos,
y su criado, y el siete,
quiso reparar los daños.
Lo mayor de este suceso,
lo mas admirable, y raro,
es, que no sacó don Pedro,
ni una herida ni un araño.
Y el señor Corregidor,
iracundo, y enojado,
despachó requisitorias
con deseos de agarrarlo.
Dispusieron el entierro
de los tristes malogrados,
y curaron los heridos,
que quedaron mas de cuatro.
Vamos ahora á la Dama,
que enmedio de tal fracaso,
ni la muerte de su padre
la sentia tanto, cuanto
la ausencia de su querido,
que adoraba su retrato.
Y el enamorado Joven,
con todo el pecho abrasado,
de las luces de su dueño,
no temia los estragos,
ni se acordaba del riesgo,
solo sentia, llorando,
(que tambien los hombres lloran
cuando estan enamorados,)
la pérdida de la perla
preciosa, que le quitaron.
Dejó pasar cinco dias,
y despues de bien armados,
dijo don Pedro á los suyos:
Amigos, vamos al caso,
yo me he de entrar en Tarifa,
aunque se viniera abajo
toda la region del fuego;
por el Cielo soberano,
que he de sacar á mi esposa,
[illegible] me hacen pedazos.

Los camadaras le dieron
palabra de acompañarlo,
que los Valencianos eran
de la valentia pasmo.
Y el postrer dia de Pasqua
de Cristo resucitado,
en punto de media noche
dentro en Tarifa se entraron,
tan valientes, que la muerte
tembló de solo mirarlos.
Echó su valor el resto,
y sin mas, ni mas, llegaron
á la casa de don Diego,
y de siete trabucazos
hicieron la puerta astillas,
y arrancando los candados,
subieron las escaleras,
y al instante se encontraron
con los hermanos de aquella
temprana rosa de mayo.
Las espadas, y broqueles,
los dos hermanos tomaron,
don Pedro sacó la suya,
y á sus gentes ha mandado,
que para guardar la calle
se buelvan todos abajo.
Cerró con los dos mancebos,
y del primer saetazo,
si ambos temblaron de miedo,
el uno dejó temblando;
y el otro quedóse vivo,
temeroso, y asustado
se encerrò en un aposento,
dejando conducto salvo.
Con una luz doña Luisa
salió las luces hurtando,
diciendo: señor don Pedro,
tenéos y reportaos;
y el con la rodilla entierra,
y el sombrero destocado,
la dijo: Señora mia,
á vuestras plantas postrado,
perdon os pide mi amor
de los yerros que ha causado.
Vuestra hermosura es la causa,
ya no puedo remediarlos
los desatinos que he hecho,
cometidos por amaros.
Por vuestra persona vengo,
y en esto estoy empeñado,
y ha de ser con gusto vuestro,
que no pretendo agraviarios,
que sois alma de mi vida:
no gastemos tiempo en vano,
que estoy en grande peligro.
Y ella respondió llorando:
En fé de ser mi marido,
á vuestro gusto me allano.
La agradeció la fineza,
y cogiendola en los brazos,
bajó por las escaleras,
y la puso en el cavallo.
Montó con ella á las ancas
y como Paris Troyano,
robó su querida Helena,
porque le havia robado
las tres potencias del alma,
que sus ojos adoraron.
Mas al ruido de los tiros
llegaron unos Soldados,
y asi que lo conocieron,
para salir le ayudaron.
Fuese á Malaga, y en ella,
como Principe Sagrado,
le valió el Señor Obispo,
y al punto los desposaron.
Levantó una compañia
á su costa de cavallos,
y fué por Capitan de ellos,
con que el Rèy lo ha perdonado,
quedando con los honores,
que su fama le ha ganado,
y gozando de su esposa
con merecidos aplausos,
correspondidos cariños,
unidos en dulce lazo.

F I N.